

ARGENTINA Y EL FMI DURANTE LAS DOS ADMINISTRACIONES BUSH

Domingo Cavallo¹

I. Introducción

La historia económica de Argentina desde mediados de la década del 40 –cuando Juan Domingo Perón llegó al poder– hasta finales de los ochenta, puede ser narrada sin hacer ninguna referencia significativa al rol del gobierno de EEUU. Sin embargo, desde 1989, cuando Carlos Menem deviene el primer peronista elegido presidente después de la muerte de Perón, la relación entre Argentina y el gobierno estadounidense ha sido mencionada frecuentemente como un factor clave en los altibajos de la economía argentina.

El *Nacionalismo y Estatismo*, una ideología que reemplazó a la del *Capitalismo de Mercado* que había dominado la política argentina durante la segunda mitad del siglo diecinueve, fue la corriente principal del pensamiento político durante los ‘30s y los ‘40s. En 1946, cuando Perón fue elegido presidente, el *Nacionalismo y Estatismo* había devenido la fuerza política hegemónica². Perón explícitamente adoptó una estrategia de crecimiento basada en la sustitución de importaciones e implementó políticas macroeconómicas populistas que –excepto por muy cortos períodos en que fueron transitoriamente revertidas– prevalecieron hasta el fin de los ochenta³.

La marcha de la economía argentina durante estas cinco décadas puede ser explicada por las políticas decididas por las autoridades argentinas en el marco de este paradigma peronista y sin que se atribuya ninguna influencia significativa al gobierno de EEUU por estas decisiones políticas. Cuando Menem abandonó el *Nacionalismo y Estatismo* como el marco ideológico que guiaba sus políticas y abrazó una vez más el *Capitalismo*

1 Este comentario es el texto de la conferencia que pronuncié en el David Rockefeller Center for Latin American Studies como conferencia anual de la cátedra “Robert Kennedy in Latin American Studies”. Fue publicado en inglés por *International Finance* 7:1, 2004: pp.137-150. Agradezco a la Licenciada Susana Fernández Quesada” el eficiente trabajo de traducción que realizó desinteresadamente como visitante de mi sitio www.cavallo.com.ar

2 El lema de la campaña de Perón fue “Braden o Perón”. Braden se refiere a Spruille Braden quien era embajador de EEUU en la Argentina en ese momento.

3 For a description of these policies see Cavallo Domingo, Yair Mundlak and Roberto Domenech La Argentina Que Pudo Ser , Los Costos de la Represion Economica. Domenech La Argentina que pudo ser, los costos de la represión económica. Centro Internacional para el Desarrollo Economico. Internacional para el Desarrollo Económico. Fundación Mediter\Fundación Mediterránea. Ediciones Manantial, Ediciones Manantial, 1989. 1989. For the English version, see The Argentina That Could Have Been: the Costs of Para la version en ingles, véase The Argentina that could have been: the Costs of Economic Repression. Executive Summary, Internacional Centre for Economic Growth, 1992. Economic Repression .

en cientos de años. Una vez más, las opiniones diseminadas culparon a la imposición por parte del gobierno de EEUU del Consenso de Washington y de las políticas de austeridad del FMI, de la larga recesión y la implosión final de la economía argentina en 2002.

Habiendo sido Ministro de Economía durante los últimos nueve meses de la administración de De la Rúa hasta el momento de la implosión en diciembre de 2001, no estoy de acuerdo con esas opiniones.

No obstante, sostengo que la carencia de compromiso de la administración de George Bush (“Bush 43”) con el Nuevo Orden Mundial y la falta de liderazgo de EEUU en las finanzas internacionales contribuyó más que cualquier otro factor a desacreditar el *Capitalismo de Mercado* y empujó el retroceso del país a las ideas y prácticas del *Nacionalismo y Estatismo*. Sin duda, este retorno de la Argentina a sus tradicionales políticas económicas y de relaciones exteriores peronistas reinstalará los conflictos y tensiones que caracterizaron la relación entre Argentina y EEUU durante la mayor parte del siglo veinte.

En pocas palabras, mientras que la administración Bush 41 ayudó a la administración de Menem a abrazar las ideas en línea con el Nuevo Orden Mundial liderado por EEUU, la administración Bush 43 ofreció al gobierno del presidente Duhalde los argumentos que darían por resultado el abandono de aquellas ideas y la restauración del paradigma peronista que dominó el pensamiento político y económico argentino entre 1945 y 1990.

III- La Crisis de 1989-90

Destacados políticos e intelectuales sostuvieron que el proceso inflacionario que comenzó en Argentina en el segundo cuarto de 1989 y finalizó en el segundo cuarto de 1991, fue el resultado final de un largo período de degradación institucional de la oposición al *Nacionalismo y Estatismo* de Argentina, que había sido el marco político e ideológico predominante.

Mis colegas y yo en la *Fundación Mediterránea*, un Instituto Argentino de Investigación Económica, habíamos caracterizado la organización económica de Argentina como un *capitalismo sin mercado y un socialismo sin plan*. Nosotros argumentábamos que la solución a nuestros problemas se daría a partir de una completa reorganización institucional que debería incluir una reforma del Estado al mismo tiempo que una reforma del mercado. Por supuesto, varios otros institutos de investigación económica y un pequeño número de líderes políticos compartieron esta interpretación de la realidad.

Entre los economistas que compartieron esta visión, dos estuvimos en posición de influir en el Partido Peronista, el partido político que de una manera general había sido responsable de la transformación del *Nacionalismo y Estatismo* en el pensamiento predominante. Yo fui uno de ellos. El otro fue Guido Di Tella. Habíamos sido electos miembros del Congreso en 1987 y habíamos integrado el bloque político peronista en la Cámara de Diputados. Desde esta posición, en los meses finales del gobierno de Alfonsín, habíamos tenido una extraordinaria oportunidad de influir en la discusión y compartir nuestra interpretación sobre lo que había sucedido en Argentina no sólo con

nuestros colegas en el Congreso, sino también con los candidatos del partido peronista que marchaban a la cabeza en las elecciones presidenciales y de gobernadores de 1989.

Los acontecimientos que fueron teniendo lugar en el contexto internacional demostraron ser muy favorables a la hora de exponer nuestros puntos de vista a Menem. De esta manera, la mayoría de nuestras conversaciones concernientes a la economía disparaban de inmediato hacia temas como el fin de la Guerra Fría, la victoria de EEUU, la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética. El comprendió, con su natural intuición, que estos acontecimientos ofrecían oportunidades para Argentina.

Una vez electo, Menem nos ofreció posiciones en su gabinete en el área de Relaciones Exteriores. Habiendo sido el primer Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete de Menem y el Ministro de Economía que implementó las principales reformas económicas de esta administración, probablemente soy uno de los testigos mejor informados de la influencia que tuvo el gobierno de los EEUU en plasmar el cambio de paradigma que Menem introdujo en la política argentina.

IV. Reforma económica: el caso de Argentina

Permítanme comenzar diciendo que el FMI y el llamado Consenso de Washington no tuvieron ninguna influencia. Todas las reformas económicas introducidas por esos años fueron el resultado de los análisis y discusiones políticas que habían tenido lugar en la Argentina anteriormente, en particular durante la década de 1980 y en el momento de la explosión hiperinflacionaria de 1989. Algunas de esas reformas estuvieron en línea con las recetas del Consenso de Washington, pero otras, como la reforma monetaria ("la convertibilidad": paridad peso dólar) fueron adoptadas en contradicción con sus recomendaciones. Además, en el caso de las reformas fiscales, es decir, la eliminación de los impuestos a las exportaciones y la reducción del impuesto sobre los salarios, es necesario aclarar que los funcionarios del FMI se opusieron enfáticamente en aquel momento.

El gobierno de los EEUU tuvo su influencia, sin embargo. Yo diría que tuvo una fuerte influencia en la decisión de Menem de abandonar el paradigma peronista de las décadas anteriores. Su influencia no estuvo directamente relacionada con las reformas económicas, sino más bien con la actitud de la Argentina y de los argentinos hacia el resto del mundo, particularmente EEUU.

A diferencia de la opinión que prevalece en América Latina con relación al Tío Sam, la influencia de la administración Bush 41 no procede del palo, pero sí de la zanahoria. La zanahoria fue la visión del Presidente George H. W. Bush de un nuevo orden mundial, y su estilo de liderazgo en los asuntos internacionales. El liderazgo de EE.UU. para restablecer la paz y la seguridad debían ser ejercidos bajo el paraguas de las Naciones Unidas. Por otra parte, en materia económica y cuestiones sociales, los organismos internacionales – el FMI, el Banco Mundial y el GATT (posteriormente la OMC) – debían transformarse en herramientas del progreso económico y social global.

El Plan Brady, que ayudaría a las economías emergentes a re-ingresar a los mercados, los esfuerzos colectivos de muchos países con el apoyo de EEUU para obtener una reducción significativa de las subvenciones agrícolas a través de la Ronda Uruguay, y de la Iniciativa para las Américas, con el objeto de profundizar el

libre comercio en el Hemisferio, presentaban un especial atractivo para las endeudadas y aisladas naciones de América Latina. Estos fueron los argumentos que persuadieron a Menem a buscar la mejor relación posible con los EEUU y a tratar de revertir el tradicional sentimiento anti-norteamericano de los argentinos.

Argentina decidió revertir 30 años de la carrera nuclear contra Brasil y así cancelar un programa financiado por Iraq destinado a la elaboración de un misil de alcance medio. Además, la comunidad internacional recibió un claro mensaje de la Argentina: no sólo dejaría de contribuir a la industria atómica y la proliferación de misiles, sino que también contribuiría a restaurar y preservar la paz en el mundo a través de los esfuerzos multilaterales bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Menem encuentra en este enfoque de la seguridad internacional una oportunidad para proveer a las fuerzas armadas argentinas de un nuevo papel internacional, abordando una de sus mayores preocupaciones en ese momento.

Para Argentina fue decisivo el apoyo internacional a las reformas económicas que puso en marcha en 1991. En consecuencia, el FMI, bajo la presión del gobierno de los EEUU, comenzó a cooperar con la aplicación y financiación del programa. Estoy convencido de que, en cuestiones económicas, la influencia del gobierno de los EEUU fue más fuerte sobre el FMI – empujando a apoyar el paquete de reformas, incluso en aquellos aspectos en los que no se habían seguido las recetas del FMI – que del lado argentino.

Más que en las medidas de austeridad fiscal al estilo FMI, nuestras políticas hicieron hincapié en reformas estructurales del lado de la oferta que podrían abrir oportunidades para la inversión y el aumento de la productividad. En general, el gobierno de los EEUU era mucho más favorable a nuestro enfoque que los funcionarios del FMI. Además, el Director Gerente del FMI y la Junta de Directores no apoyaban nuestro programa, basados más en consideraciones políticas que en el asesoramiento técnico de su personal.

Las reformas económicas permitieron la estabilidad y el crecimiento durante ocho años consecutivos. Esos logros aumentaron el entusiasmo de los argentinos por las reformas locales orientadas hacia el mercado y, por la misma razón, se incrementó la popularidad de las nuevas políticas económicas y de relaciones internacionales. La continuidad que la Administración Clinton proporcionó a la visión del Presidente George H. W. Bush y a sus iniciativas en relación con América Latina, contribuyó a mantener e incluso aumentar ese sentido de amistad y alianza entre Argentina y los EEUU.

V. La crisis de 2001-02

Los orígenes de la crisis argentina que se convirtió en virulenta en 2001-02 pueden remontarse a la larga duración de la recesión que comenzó en la segunda mitad del 1998. Esta recesión fue el resultado de la combinación de fenómenos nacionales y extranjeros.

El principal fenómeno nacional fue la falta de disciplina fiscal de los gobiernos provinciales argentinos y los préstamos del sistema bancario nacional. Este problema se agudizó en 1998 como una consecuencia de la carrera interna del partido peronista para la candidatura presidencial a las elecciones que tendrían lugar en 1999. Además, hubo una creciente percepción de corrupción con respecto a Menem, que comenzó a crear incertidumbre en relación a la continuidad de las reformas económicas.

Por otro lado, el principal shock externo fue la fortaleza del dólar que, en el caso de Argentina, se tradujo en una fuerte apreciación del peso argentino vis-à-vis el real brasileño y el euro. Esto tuvo un impacto negativo en la producción de bienes transables, en particular sobre los productos que competían con las importaciones procedentes de Brasil.

La recesión podría haberse evitado o revertido muy pronto si la Argentina al mismo tiempo, hubiera puesto un freno al excesivo gasto provincial y pasado de la vinculación con el dólar a una vinculación a una canasta de monedas, en consonancia con su comercio exterior. Sin embargo, estas reformas se retrasaron hasta 2001. A mediados de 2001, se puso de manifiesto que la aplicación de estas reformas no iba a ser suficiente para poner fin a la recesión. Argentina había acumulado un nivel de deuda pública que estaba tornándose cada vez más caro, particularmente la de las provincias. En consecuencia, algún tipo de reestructuración de la deuda se convirtió en inevitable.

En julio de 2001 lo que Argentina necesitaba y esperaba del gobierno de los EEUU era el apoyo político para un proceso ordenado de reestructuración de la deuda. Lamentablemente, la visión y el estilo de liderazgo en los asuntos internacionales del Presidente George W. Bush impidieron a su administración dar ese apoyo.

Me animaría a decir que, si el presidente George W. Bush hubiera tenido la misma visión y el estilo de liderazgo en los asuntos internacionales que su padre, el resultado hubiera sido completamente diferente. Argentina y los argentinos no hubieran culpado al *capitalismo de mercado* y al FMI de su sufrimiento. Además, el clima de amistad y alianza de la década de 1990 en la relación bilateral entre la Argentina y los EEUU no se hubiera revertido.

VI. Diferencias importantes en la visión y el estilo de liderazgo.

La visión del presidente George H.W. Bush de un Nuevo Orden Mundial a principios de 1990 sugirió que los EEUU asumirían el liderazgo para ayudar a integrar a las democracias emergentes en un sistema mundial caracterizado por un comercio más libre y la globalización del capital.

Para que esta economía global funcionara bien, fue necesario establecer reglas claras de juego y que las organizaciones internacionales contribuyeran a eso. Al menos ésta fue nuestra percepción de su visión en la Argentina. Esta percepción fue consistente con la imagen de la administración Bush 41 en torno a la solución propuesta y aplicada para la invasión iraquí de Kuwait. USA decidió utilizar el paraguas de las Naciones Unidas para organizar una fuerza multinacional, encabezada por los EEUU, pero integrada por muchas naciones. Argentina decidió participar, rompiendo así un siglo de tradición de neutralidad en este tipo de conflicto y envió tropas al Golfo Pérsico.

El Plan Brady para la reestructuración de la deuda de las economías emergentes, el modo en que el representante de comercio de los EEUU trabajó con las naciones de América Latina durante la Ronda Uruguay para tratar de reducir los subsidios y las restricciones que afectaron al comercio de productos agrícolas y la Iniciativa para las

Américas fueron claros indicadores del contenido práctico de esa visión para América Latina.

Nosotros supusimos en América Latina que estas ideas incluían el liderazgo de los EEUU para ayudar a las naciones participantes a resolver las crisis, sobre todo si esas crisis se derivaban de los riesgos asociados al proceso de globalización. Esta hipótesis fue probada en ocasión de la Crisis Tequila en 1994, cuando una nueva administración asumió en EEUU. La forma en que ésta reaccionó frente a la crisis nos convenció de que la visión del Presidente Bush, tenía continuada la Administración Clinton y se convertiría, por lo tanto, en la visión de los EEUU.

Paradójicamente, el Congreso Republicano no apoyó los esfuerzos del presidente Bill Clinton para prevenir el default mexicano de su deuda pública. En ese momento, supusimos que no era un cambio de estrategia en los asuntos mundiales, sino la típica actitud de un partido que estaba entonces en la oposición. Más tarde, interpretamos en la misma línea la crítica de la “Meltzer Comisión” a la ayuda ofrecida por el FMI para resolver las crisis en las economías emergentes y su énfasis en los problemas de riesgo moral que los programas del FMI irían supuestamente creando.

Nuestra interpretación errónea de estas cuestiones nos llevó a creer que la propuesta de Allan Meltzer en mayo de 2001, de una suspensión unilateral del servicio de la deuda pública argentina con el fin de crear el clima para imponer una quita significativa a los acreedores (“haircut” en la jerga financiera inglesa), no reflejaba la opinión predominante de la nueva Administración republicana encabezada por George W. Bush.

Pero comenzamos a alarmarnos y a preocuparnos acerca de lo que podría ser un cambio significativo de la visión y el estilo de liderazgo en los asuntos internacionales cuando, en julio de 2001, Paul O'Neill declaró que "los argentinos se han excedido y han estado en problemas durante 70 años o más. Ellos no tienen ninguna industria de exportación de uso de la palabra en absoluto. Y están conformes así. Nadie los ha obligado a ser lo que son." Unos pocos días más tarde agregó: 'Y Argentina está ahora, después de los 41 mil millones de dólares de intervención, en una posición muy resbaladiza. Estamos trabajando para encontrar una manera de crear una Argentina sostenible, no solamente una que continúe consumiendo el dinero de los plomeros y carpinteros de los EEUU que ganan U\$S 50.000 al año y se preguntan lo que el mundo estuvo haciendo con su dinero.'

Después de largas conversaciones con Paul O'Neill sobre las características de la economía de Argentina y los resultados reales de los distintos sectores, incluyendo los sectores de exportación a los que había hecho referencia en sus desagradables y poco diplomáticas declaraciones, llegué a la conclusión de que él tuvo al menos una legítima preocupación por la situación argentina: estábamos pagando muy elevadas tasas de interés marginales sobre la deuda, lo cual podría tornar completamente insostenible su dinámica.

Entonces sostuve que un default de toda nuestra deuda y la imposición de un significativo recorte en la deuda tal como Allan Meltzer había propuesto – y que los mercados tomaron como reflejo de la opinión del gobierno de los EEUU – sólo

agravaría las cosas. De hecho, implicaba la destrucción del sistema financiero y del sistema de fondos privados de jubilaciones. Sin embargo, opiné que podríamos estar en condiciones de llevar a cabo una reestructuración ordenada de la deuda, si encontrábamos la manera de proteger los fondos de jubilaciones y poner a salvo a los ahorristas en las instituciones financieras del país.

Tras algunas vacilaciones O'Neill dijo que estaría dispuesto a apoyar un paquete adicional del FMI para la Argentina, pero sólo si incluía una reestructuración ordenada de la deuda que podría reducir significativamente el costo de los intereses. Acepté su punto de vista y de inmediato comencé a trabajar con el FMI y los funcionarios del Tesoro sobre el paquete de los U\$S 8 mil millones que fue aprobado por el FMI a finales de agosto de 2001.

La razón de la aprobación del paquete fue que Argentina se había comprometido a eliminar el déficit fiscal y a llevar a cabo un proceso de reestructuración ordenada de la deuda con la ayuda del FMI. Sin embargo, en la práctica, no obtuvimos ninguna ayuda de esta institución. Por el contrario, el FMI dilató sus respuestas tanto a nuestras preguntas como a nuestras propuestas sobre la forma de realizar el proceso de reestructuración de la deuda. En lugar de ello, el FMI hizo públicos comentarios acerca de un futuro Mecanismo de Reestructuración de la Deuda Soberana (SDRM) que no estaría dispuesto a ayudar a la Argentina. Sin embargo, todos los operadores del mercado prestaron gran atención a estos comentarios, y supusieron que el FMI aplicaría en el caso argentino el mismo criterio que se utilizaría en futuras crisis, a saber, la SDRM.

La declaración de Anne Krüeger sobre que el futuro SDRM requeriría que las naciones deudoras impusieran controles de cambios temporales para evitar la fuga de capitales fue especialmente perjudicial para un sistema financiero argentino que había comenzado a sufrir una corrida de los depósitos en dólares.

Pocos días después de la declaración de Anne Krüeger, no tuvimos otra alternativa que imponer controles de cambios (que en una economía dolarizada como la argentina requirieron restricciones a retirar dólares en efectivo de los bancos, lo que dio en llamarse "Corralito") para evitar el colapso del sistema bancario. Irónicamente, el FMI utilizó esa decisión como una excusa para anunciar que suspendería los desembolsos futuros de los préstamos que había concedido recientemente, incluido el tramo que se debió en noviembre de 2001.

Este anuncio equivalía a una sugerencia de que la Argentina debía suspender los pagos de su deuda pública e interrumpir el proceso de reestructuración ordenada de la deuda que ya había logrado una reducción del 30% anual en los intereses. Como si el mensaje no hubiera sido lo suficientemente claro para los políticos argentinos, en diciembre de 2001 Allan Meltzer visitó Buenos Aires para decirle a Eduardo Duhalde y a la mayoría de los senadores que la reestructuración de la deuda, proceso en el cual el gobierno argentino se había comprometido, podría no generar suficiente quita y que la Argentina muy probablemente debería declarar una moratoria por la totalidad de su deuda.

Una vez organizados los disturbios de diciembre 19-20 de 2001, mi renuncia forzada y la del presidente Fernando De la Rúa, el nuevo líder argentino *de facto* Eduardo

Duhalde y sus seguidores, entre ellos el ex-presidente Raúl Alfonsín, fueron, creo, honestamente convencidos de que el completo abandono de las reglas de la década de 1990 no sólo era beneficioso para la Argentina, tal como ellos habían pensado y sostenido desde hacía varios años, sino que contaba ahora con la bendición del FMI y de la administración Bush.

El resultado fue desastroso. La imposición de un drástico recorte en la ya reestructurada deuda interna destruyó la base contractual de la economía. Se implementó a través de una compulsiva "pesificación" de los contratos financieros firmados bajo la ley argentina. Esta acción, combinada con la flotación de la tasa de cambio, generó una devaluación extrema del Peso (75%) que a su vez significó una gran devaluación de todos los activos financieros, incluidos los depósitos bancarios y activos de fondos de pensiones, y una fuerte caída en los salarios reales. La caída adicional en el nivel de actividad económica fue de la misma magnitud de la caída que se había acumulado en los tres años y medio previos de recesión.

Más del 50% de la población culpó a Menem, De la Rúa y a mí como los políticos responsables de las políticas de la década de 1990. La mayoría de los argentinos también culpó al FMI y al gobierno de los EEUU por la misma razón. Sin embargo, parte de la población culpó al FMI y los EEUU por no apoyar nuestros esfuerzos para evitar el default y la devaluación. Por lo tanto, en términos de la imagen de los EEUU entre los argentinos, el resultado final no podría haber sido más perjudicial. La consecuencia fue un cambio significativo del clima de amistad y alianza entre la Argentina y los EEUU que había prevalecido durante el decenio de 1990, y una reactivación del clima de desconfianza que ha prevalecido durante los últimos cinco decenios.

¿Por qué el FMI no ayudó a Argentina a llevar a cabo su proceso de reestructuración ordenada de la deuda tal como se prometió en el momento de la aprobación del paquete de los US\$ 8 mil millones de dólares? ¿El FMI y el gobierno de los EEUU buscaron que Argentina cayera en default tal como sucedió realmente? ¿Argentina fue elegida como un ejemplo para enviar el mensaje de que la nueva administración evitaría el riesgo moral sin tener en cuenta los costos de esa decisión para Argentina? Creo que la respuesta a las dos últimas preguntas es afirmativa.

Esto confirma que la visión de la segunda administración Bush y su estilo de liderazgo en los asuntos internacionales son completamente diferentes de los de la primera administración Bush. De la misma manera que la guerra en Iraq fue decidida y ejecutada fuera de la égida de las Naciones Unidas, prevenir o resolver crisis de la deuda en las economías emergentes no se consideraba un tema que debía concernir al FMI ni merecía el liderazgo ni la ayuda de EEUU. Esto está lejos de ser el Nuevo Orden Mundial y el estilo de liderazgo en los asuntos internacionales que el presidente George H.W. Bush había previsto a principios del decenio de 1990.

VII. Conclusiones.

No es fácil componer la desorganización de la economía argentina producto de la crisis de 2001-2002. Será igualmente difícil reconstruir el clima de amistad y alianza

entre los EEUU y la Argentina. No hay mucho espacio para el control de los daños después de lo ocurrido en esos dos años.

¿Por qué entonces preocuparse de lo que podría haber sucedido si las decisiones y acciones en la Argentina y en el extranjero hubieran sido diferentes?

Mi intención en la redacción de este artículo es señalar cómo la visión actual del mundo de los EEUU y su estilo de liderazgo en los asuntos internacionales pueden dañar no sólo el clima de amistad y alianza entre los EEUU y sus vecinos del sur, sino también el bienestar de los pueblos de América Latina.

No quiero que suene irremediamente negativo en la perspectiva de mi país y menos en la de América Latina. Por el contrario, estoy aprovechando mi presencia en la Universidad de Harvard, como Robert F. Kennedy Visiting Professor in Latin American Studies para reflexionar sobre lo que ocurrió en América Latina durante el decenio de 1990 y qué formas de salir hay, de la actual sensación de frustración: más específicamente, cómo los países de América Latina pueden reconstruir con responsabilidad la gran expectativa de comienzos del decenio de 1990 y, sobre todo, cómo encontrar las fuerzas institucionales necesarias para evitar una nueva frustración en las próximas décadas.

Creo que Argentina y los países de América Latina no deben caer en la oscilación maniquea del “amor a la globalización” hacia el “odio a la globalización”, y aislarse del resto del mundo. Estoy convencido de que a fin de evitar más frustración, América Latina tiene que encontrar, a través de un sistema multilateral o a través de la integración hemisférica, el mismo tipo de anclaje institucional que los países emergentes europeos han encontrado en la Unión Europea. El fenómeno de la convergencia que se está llevando a cabo en Europa se explica principalmente por la existencia de un sistema monetario y financiero que permite movimientos estables de capital transfronterizo en favor de los países menos desarrollados durante largos períodos de tiempo.

Las instituciones financieras internacionales no han proporcionado un mecanismo de carácter permanente cómo si lo hicieron inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Durante el cuarto de siglo después de la Segunda Guerra Mundial, las instituciones financieras internacionales proporcionaron un mecanismo que permitió la reconstrucción de post-guerra y el desarrollo de Europa y Japón, porque EEUU asumió el liderazgo de este desafío. Desde 1971, las instituciones financieras internacionales no han realizado la misma función, al menos no en una forma estable. Pero desde fines de 1970, los esfuerzos europeos hacia una integración monetaria y financiera intra-europea han proporcionado un mecanismo alternativo en beneficio de las nuevas naciones europeas.

Después del Plan Brady, América Latina creyó que las instituciones financieras internacionales desempeñarían el mismo rol para América Latina que el que habían desempeñado en el período de la post-guerra para Europa y Japón. Sin embargo, durante los últimos tres años, como lo demuestran los detalles sobre la génesis de la crisis argentina que he tratado de explicar hoy, las instituciones financieras internacionales parecen haber contribuido más al desorden financiero global que el Nuevo Orden Mundial previsto en 1990.

Para invertir la actual sensación de escepticismo con relación a la globalización que prevalece en América Latina, una reactivación de la visión estadounidense del nuevo orden mundial sería de gran ayuda. Pero América Latina debería renovar sus esfuerzos para aprovechar las ventajas de la globalización tratando de protegerse de sus riesgos, antes de que ellos se materialicen. Creo que la integración comercial y monetaria latinoamericana, con acuerdos monetarios y comerciales con Europa, Japón y los EEUU mitigaría los efectos del actual desorden financiero mundial.